

FAISAL IBN SAUD, CUMBRE DE UNA FAMILIA ESFORZADA

No hay mucho conocimiento del mundo árabe en España, ésta es la realidad, ni tampoco lo hay en los países árabes de la España actual, aunque creo, en honor a la verdad, que es mayor que el nuestro, como creo sinceramente que ellos también hacen más por el estrechamiento de las relaciones culturales y económicas que nosotros. No digo de las políticas, porque en eso Francisco Franco, haciendo gala de una gran visión geopolítica, ha hecho mucho. España es la cabeza de Europa en la expansión de ésta hacia la unión con Africa, y análogo papel al nuestro en lo que se refiere a esa unión lo juegan los países árabes y particularmente los del Magreb. Es decir que:

Europa necesita de los países árabes y los países árabes necesitan de Europa. España es el intermediario natural.

Podría ser la idea fuerza de una política en la que nos hemos empeñado a fondo, y lo que digo no se basa solamente en razones de materias primas, energéticas y colocación de productos industrializados, aunque es importante en el momento actual, sino en una situación geopolítica, unida a razones geográficas e históricas, y en una concepción espiritual. Esta ha sido la trayectoria de España en la Historia, la del predominio de la vida espiritual en su devenir, y también lo ha sido en la familia que ha dado nombre al moderno Estado árabe en que gobierna, y no digo nación porque la nación árabe en los corazones de sus habitantes llega desde el Atlántico hasta el golfo Arábigo.

El mundo árabe es muy vario y no hay que confundirlo con el islámico, aunque en el comienzo de su acceso a la Historia están íntimamente unidos y podemos considerar al Islam como un producto del árabe del desierto de la península arábigo. Una versión suya de las dos grandes religiones mono-teístas, algunos de cuyos monjes se retiraban al mismo a seguir sus impulsos hacia la vida ascética de renunciación a los placeres y glorias del mundo

en un ansia de unión a Dios. Ellos no eran así; el misticismo es considerado una herejía en puro Islam. Ellos eran simples, y lo son aún, y simples fueron los preceptos que el profeta Mohammad transmitió a su pueblo, que era el de la región que comprendía las ciudades de Mecca y Medina. Un dogma que se llena de un Dios trascendente, todopoderoso, ante el cual se resalta, más que en el cristianismo, la humilde condición del hombre que es el siervo (*aabd*) del Señor (*rabb*), que ha revelado a su enviado el sello de los profetas, un libro escrito de toda la eternidad (*Um-al-kitab*, madre del libro) y del cual proceden las escrituras sagradas reveladas a los profetas anteriores. Junto a estos elementos: Dios, su libro y sus enviados, están la predestinación en el acontecer humano y la vida después de la muerte, en un paraíso que es un jardín (*yenna*) lleno de árboles y ríos de leche y miel.

El rito, más simple: la oración cinco veces al día donde uno se encuentre, sin clero y con sencillos oratorios para la oración en común; la limosna, el ayuno y la peregrinación a los Lugares Santos, al menos una vez en su vida, el que pueda.

Estas creencias y ritos, sencillos como el alma del beduino que vive en una zona tan desértica, se vieron añadidos, con el paso del tiempo y las grandes conquistas de pueblos más refinados en su vivir y de filosofía más alambicada, de innúmeras innovaciones (*bidaat*), que se ponían bajo el manto de la tradición sagrada (*sunna*, lo que el profeta dijo, hizo o permitió hacer), de la analogía con lo que decían las escrituras (*kiias*) o del consenso de la comunidad (*iymaa*) para hacerse carne del Islam. Contra estas innovaciones se alzó la pureza de la vida simple del desierto, con airadas voces de retorno a la pureza de los principios que le fueron revelados al profeta Mahoma. Una de estas voces fue la de Mohammed Ibn Abdel Uahab, teólogo nacido en el corazón de la península arábiga, en la región de Nayed, núcleo éste originario de lo que hoy es el moderno Estado de Arabia Saudita.

Abdel Uahab, que nació en 1703, estudió todas las ciencias relacionadas con su religión, empezando en su poblado, Uyaina, con el Santo Korán, por supuesto, que a los diez años ya sabía de memoria, y luego en todas las ciudades más importantes del Oriente Medio donde existiera una escuela creada en torno a un sabio religioso afamado. En Medina cursó los estudios secundarios; en Basra, los superiores; en Isfahan, el sufismo, y, por último, en Jum, antes de volverse a su humilde poblado, del que sentía la típica nostalgia beduina, se dedicó a estudiar intensamente la doctrina de

Ibn Hanbal, fundador de la más puritana de las cuatro escuelas ortodoxas musulmanas y en la que su padre, *cadi* de Uyaina, le había iniciado. Al volver a su poblado, casi ya con cuarenta años, se sumergió en una vida religiosa intensa, haciendo un retiro de ocho meses, durante los cuales se despojó de toda la ciencia que había aprendido, excepto de lo que está expuesto en el Korán y en la Sunna primitiva. En seguida se puso a predicar a sus convecinos el modo en que tenían que vivir, apegándose fielmente a las enseñanzas que Mahoma les dio, tal como están escritas en el libro, y a despojar de su vida todo lo que no fuera eso, con mucha más rigidez que lo hizo Ibn Hanbal. El lujo, la ostentación, los placeres, hasta los más simples, como fumar o tomar café, fueron prohibidos y hasta las mezquitas lujosas, con metales nobles, mosaicos artísticos y alfombras caras, considerados como contrarios al puro Islam. Particularmente rechazó Abdel Uabab el culto a los profetas, santos y mártires, a los místicos y a todo el que se erigiera en mediador entre Dios y el hombre.

Sus doctrinas se recogieron en un libro titulado *Kitab at Tauhid* (Libro de la Unidad, en el sentido de Tratado de la Unidad de Dios) y el nombre que se dieron sus seguidores es el de *Al muahhidun* (los unitarios), es decir, los que creen en el Dios único, siendo los autores europeos los que les llamaron uahabíes, del nombre del reformador. Hay que tener en cuenta para comprender estos movimientos de reforma, que de tiempo en tiempo se han sucedido en el mundo del Islam, que ocurren en épocas en que se relaja la fe y el orden y se cae en la anarquía y, por consiguiente, en la debilidad de la comunidad. Es decir, que a los motivos religiosos hay que añadir los políticos y los de orgullo nacional. O sea que no resulta difícil aventurar que el retorno a la pureza de la doctrina era para Abdel Uahab el modo de revivir a una comunidad que había llegado a un estado de atraso y estancamiento cultural impresionante. Para él, esto era el resultado de haberse dejado seducir por doctrinas heréticas que habían llevado al pueblo árabe a la decadencia y a ser sojuzgado por elementos extraños que se aprovecharon de su debilidad. En consecuencia, para conseguir el renacimiento islámico se imponía una solución drástica: arremeter contra la multitud de concepciones, criterios y escuelas que habían surgido en la comunidad islámica y volver a la religión y modo de vida suyos en su prístina fuente, el Korán y la Sunna del profeta, despojando a ésta de las elucubraciones de falsos sabios religiosos y aceptando sólo las tenidas como verdaderas por los imames.

El inició su predicación en Basra, escandalizado por la fuerza que los ritos y creencias de la Persia chiista¹ habían tomado en aquella ciudad, tan afamada por sus centros y sabios religiosos ortodoxos; pero la oposición del pueblo supersticioso y la nostalgia a que hemos aludido le hicieron dedicar su labor a la tierra en que había nacido. Tampoco en su pueblo encontró la tranquilidad y el ambiente necesarios para su labor de reforma, porque al salirse su influencia de los límites del pueblo y extenderse a la comarca encontró la oposición de los heterodoxos, que pusieron a su lado al gobernador de Al Hasa, deseoso de que no se alterara el orden establecido. Como no deseaba perjudicar al emir de Uyaina, que ciertamente le protegía, pero que no era lo bastante poderoso para enfrentarse al gobernador de la región, decidió trasladarse a la ciudad de Dar-iah, residencia de la familia de Ibn Saud, entre cuyos miembros contaba con algunos adeptos. El jefe de la familia y gobernador de la zona era el emir Mohammed Ibn Saud, que al principio vaciló en apoyar la predicación de Abdel Uahab por temor a la hostilidad de otros emires y jefes de tribus del Nayed, pero sus hermanos y su mujer se pusieron al lado del *chej*, ganados por el fervor religioso de su palabra, y le convencieron para que le protegiera en su empeño de purificar el Islam. El respeto creciente que el *chej* infundía en los que le escuchaban y sus ideas de acabar no sólo con las herejías y supersticiones, sino también con las rivalidades tribales que habían frustrado las conquistas y las glorias del pueblo árabe musulmán, encontraron eco en el emir, que aspiraba a hacerse con el mando de todo el Nayed. Pensó que la atracción que ejercía el *chej* Abdel Uahab podía, colocándola bajo su protección, servir a su ambición política y a los designios de Dios de purificar a sus corrompidos siervos.

Húmilmente fue a la casa del *chej* para asegurarle su protección, incluso por medio de las armas, siempre que él se comprometiera a no pedir ayuda a ningún otro emir. Esto sucedió en el año 1740 y a partir de este momento el *chej* Abdel Uahab pudo tranquilamente dedicarse a su labor de enseñar la teología y el derecho musulmán a todos los que querían ir a oírle. Por su parte, el emir Mohammed, al salir vencedor de luchas contra otros jefes de familias notables que intentaban disputarle la jefatura de la comarca, obligaba a aquéllas a seguir el Islam tal como lo enseñaba

¹ La *chiaa* es la primera escisión sucedida en el Islam a cargo de los partidarios de Alí contra el jalifa Muavia, erigido en jalifa del Islam en perjuicio de los hijos de Alí.

Abdel Uahab. Así sucedió con la ciudad de Riad, conquistada a la familia Ibn Dauas.

Muerto el emir Mohammed Ibn Saud, la expansión siguió por vía militar y por vía espiritual. Junto a la espada sojuzgadora, la palabra purificadora y, sobre todo, el ejemplo de aquellos terribles guerreros seguidores del Dios único. El hijo del emir Mohammed, Abdul Aziz, se extendió por las regiones de Al Qasim, donde ocupó Buraida, y Al Hasa y penetró en Irak, donde se apoderó de la ciudad de Karbala, santa para los chiies por ser el lugar donde fue muerto el imam Husain por las tropas del jalifa umaia Iasid y en cuya memoria se erige una hermosa mezquita que contiene la tumba del imam junto a mausoleos de otras figuras veneradas por los chiies. Mandaba las tropas el hijo de Abdel Aziz, Saud, el cual permitió, de acuerdo con la pureza uahabi, destruirlos por ser objeto de un culto impío que los musulmanes consideran politeísmo (*chirk*). Después dirigió sus tropas contra Nayef, ciudad en la que está enterrado el imam Alí, en una mezquita tan hermosa como la de Husain, mencionada, sin que consiguiera tomarla. Lo que sí conquistó en sus treinta y nueve años de lucha fue la mayor parte de la zona oriental de la península Arábiga, es decir, la parte de Oman, Ras el Jaima y Bahrein, conquistas que llegaron a su cenit con su hijo Saud, llamado por sus historiadores el grande. En cinco años, es decir, desde su proclamación como emir de Nayed en 1803, al ser asesinado su padre por un chiita, hasta 1808, se apoderó: de la Mecca, en 1804; de Medina, en 1806, y de Hadramaut, Asir, Tihama y Nahran, en el resto del tiempo. Casi toda la península arábiga estaba en poder de la familia saudita y sometida a la pureza islámica que preconizaban Ibn Hanbal y Abdel Uahab. La primera medida que tomaba al conquistar un lugar era la de suspender el rezo en las mezquitas en nombre del sultán turco Mahmud II, expulsando seguidamente a los funcionarios y militares de ese gobierno, que sustituía por guarniciones árabes, organizando la administración con arreglo a la más pura esencia islámica. Asimismo purificaba las mezquitas de todo lo que fuera lujo, incluso la Kaaba de Mecca, en la que se cumplen los ritos de la peregrinación, y la de Medina, en la que está enterrado el profeta y en la que hizo destruir un monumento de éste. Esto le creó antipatías en el resto del mundo islámico, haciendo que se le considerara casi un sectario. Claro que tras este desprestigio estaba el gobierno central turco, porque, como le era muy difícil aplastarlo en aquellos arenales tan inhóspitos y consideraba un peligro aquel ideal de pureza si llegaba

a transmitirse a todo el mundo árabe sojuzgado, deseaba ponerle en contra a éste. De modo que desde un principio intentó destruir a esta familia oponiéndole las envidias de otros árabes, a más de sus propias fuerzas desde territorios vecinos. Primero encomendó la tarea al gobernador de Irak, y ante el fracaso de éste, que dejó perder parte del territorio iraquí, entre otras ciudades la importante de Basra, al de Siria. También éste fracasó y perdió parte de la región de Hauran. Entonces entró en acción el poderoso gobernador de Egipto, Mohammed Alí, quien de hecho no servía a los intereses del sultán de Estambul, sino los suyos propios, pues aunque nominalmente gobernador de Egipto, sometido a la Sublime Puerta, realmente hacía y deshacía a su antojo y aspiraba a crear un gran imperio árabe que comprendiera, además de Egipto, Siria (compuesta por Siria, Líbano, Palestina y Transjordania), Irak, la península Arábiga y Sudán. Para este ambicioso objetivo, Mohammed Alí se aprovechó de la rivalidad de Francia e Inglaterra en la zona y también del temor del sultán. Envió su ejército al mando de su hijo Ibrahim, que rápidamente se apoderó de Medina, en 1812, y de Mecca, al siguiente año, llegando hasta Dariia, donde el emir Faisal Ibn Turki no pudo resistir a un ejército tan poderoso, cayendo prisionero. Inmediatamente Mohammed Alí, tras ordenar se enviara al prisionero a Estambul, pidió el mando sobre las tierras conquistadas. Esto era muy peligroso para el sultán, que veía crecer año tras año el poder de su gobernador, pero nada puede hacer, distraída su atención en los crecientes avances de las potencias europeas hacia sus fronteras en Europa, Africa y Asia. Francia ha conquistado Argelia y ha puesto bajo protectorado a Túnez, aspirando ahora a imponer su influencia en Egipto y Siria. Por eso apoya a Mohammed Alí y envía oficiales franceses como instructores. Inglaterra se pone de parte del sultán para contrapesar a su rival, pero mientras le compra al imam del Iaman Aden y su zona costera, que van a ser vitales para sus comunicaciones con el imperio de la India, y se apodera en 1839 de Afganistán y Beluchistán, el ejército de Mohammed Alí ha conseguido derrotar al del sultán turco, que lo es ahora Abdel Meyid, y ha acogido en Alejandría a la flota turca que ha desertado. Esto no lo puede consentir Inglaterra, porque la afirmación de Mohammed Alí será la implantación de la influencia francesa. Consigue que Rusia y Austria le apoyen en su decisión de hacer cumplir la orden del sultán al gobernador egipcio que devuelva todos los lugares conquistados en Arabia, particularmente las ciudades santas, al gobierno de las personas nombradas por él.

No lo acepta Mohammed Alí, pero entonces una escuadra anglo-austríaca amenaza bombardear Alejandría, después de haber rendido a las ciudades costeras sirias, y el gobernador de Egipto se somete al Tratado de Londres, que le obliga a devolver los territorios citados y la escuadra. Entonces regresa el imam Faisal Ibn Turki a Nayed, liberado por los turcos, que ahora temen más a Mohammed Alí. Le espera la difícil tarea de volver a unir bajo su égida todos los territorios de los que fue despojado, alguno de los cuales bajo el mando de cabecillas que, actuando en su nombre durante el tiempo en que estuvo prisionero, deseaban seguir gobernando independientemente a su vuelta. Empezó por restablecer el orden en Nayed y luego hacer que Al Qasim y Al Hasa se unieran a su gobierno, completando todas las altas mesetas de Arabia central más una faja de la oriental que se extendía hasta el límite con Kuwait y casi todo Oman y Muscat. En esta época aparece un gran rival de la familia saudí en la persona del emir de Hail, al norte de Riad, Mohammed Ibn Al Rashid, al que apoyan los turcos. En 1888 ha muerto Turki y se disputan el poder sus nietos, los hijos de Saud Ibn Faisal y un hermano de éste, Abdul-lah, que gobernaba como emir y a quien los primeros pusieron preso, nombrando emir a Mohammed. De esta lucha clásico-feudoárabe se vale Al Rashid para apoderarse de Riad, poniendo al emir Abderrahmán, hijo de Abdul-lah, bajo la tutela de un gobernador que actúa en nombre de Al Rashid y pasando Riad a ser una dependencia de Hail, capital ahora del emirato de Nayed. Esto, como es natural, ni lo acepta Abderrahmán ni lo acepta el pueblo de Riad. Por eso en un momento de debilidad, y aprovechando un intento de asesinato de Abderrahmán por secuaces del gobernador de Ben Rachid, Abderrahmán consigue derrotar a los rachidíes y poner en prisión al gobernador puesto por Ben Rachid. Desde esa época hasta 1890 hay una serie de acciones armadas, no podemos llamarlas guerras, entre las fuerzas de ambos emires rivales hasta que, al final, Abderrahmán es derrotado en la batalla de Al Malida, que puso todo Nayed en manos de Ben Rachid y obligó al emir Abderrahmán Ibn Saud a huir de Riad con sus familiares, refugiándose en las cercanías del terrible desierto de Rub al Jali. El gobernador turco de Al Hasa aprovecha este momento de debilidad para enviarle un mensajero que le ofrece ayuda y el reconocimiento de su calidad de emir de Nayed a cambio de reconocer él, a su vez, la soberanía otomana con un tributo simbólico, expresión de dicho reconocimiento.

Sin embargo, a su lógica resistencia hay que añadir otro hecho de capital importancia: Desde la época en que Inglaterra se estableció en Aden y llegó a un acuerdo con el emir de Kuwait para protegerle desde el gobierno colonial de la India ha tenido contactos con los representantes de la familia saudita a través de oficiales políticos dependientes de dicho gobierno. Es lógico que éstos hayan animado a los emires sauditas a oponerse a los turcos, mucho más teniendo en cuenta la penetración germana en Turquía, por vía económica y política, y que haya exhibido la concesión de subsidios que superen a los prometidos por el sultán. Por otra parte, en la familia saudita nunca ha dejado de tenerse presente su compromiso histórico de tipo misionero de esparcir la pureza del Islam al estilo primitivo: por la conquista. No acepta el emir Abderrahmán y continúa su exilio. De Rub al Jali pasa a Qatar; de aquí, al cabo de dos meses, a Bahrein, y al final, a Kuwait, donde encuentra la protección de la familia de As Sabah, reinante en dicho principado, y donde nada podía temer por estar Kuwait, como hemos dicho, bajo la protección de Inglaterra. De los once hijos que tuvo le sobreviven dos, Abdel Aziz y Mohammed. El primero será el fundador del actual reino de Arabia Saudita. En ese momento tiene unos diez años, pero ya a esa temprana edad siente el intenso deseo de revancha que embarga a toda la familia, así que en seguida comienza a adiestrarse en el arte de la guerra en el desierto, sin descuidar por eso su instrucción religiosa bajo la senda trazada por Abdel Uahab, que la familia saudita ha erigido en objetivo supremo, luchando por llevar esa pureza de ley a toda la península arábiga primero y luego a todo el mundo islámico.

A un tiempo que adquiriría los hábitos de guerra de los beduinos habitantes de esas regiones de que hemos hablado, adquiriría sus sencillos hábitos de vida, que nunca abandonaría, aun después de verse favorecido por la riqueza que Dios le envió enterrada en las arenas de sus dominios.

A los veinte años se sintió ya con confianza para atacar a sus enemigos, ayudado por sus fieles beduinos y con dinero prestado por el *chej* Mubarak. Su inexperiencia le hizo empeñarse en combate abierto contra un enemigo más fuerte, que le obligó a retirarse. No se desanimó y dos años más tarde, en 1902, al frente de una fuerza de 200 camelleros, también pagados con dinero prestado por el *chej* Mubarak, que es probable fuera en realidad proporcionado por Inglaterra, se dirige nada menos que a reconquistar su capital, Riad. Esta vez emplea la astucia y, antes de llegar ante los muros de la ciudad, elige 15 de sus hombres a los que consideraba más astutos

y hábiles en la lucha y con ellos se infiltra en la ciudad, dirigiéndose derecho al palacio que ocupa el gobernador puesto por Ben Rachid. En la lucha que siguió con el gobernador y su guardia resultó muerto el primero, lo que, unido a que el resto de los camelleros se lanzaron entonces al ataque, dio por resultado que la guarnición de la ciudad se desmoralizara y se rindiera. Tan sólo dos semanas más tarde todas las tribus de la región le reconocían como emir de Nayed (título que previamente le había otorgado su padre) e imam de los uahabíes.

Ante este éxito Rachid se vio obligado a pedir ayuda a los turcos, los cuales le enviaron un cuerpo expedicionario que en un principio se mostró victorioso, pero que en cuanto el inhóspito terreno, el calor y el cólera comenzaron a ejercer sus efectos, aprovechados por las aguerridas tropas de Abdel Aziz, acostumbradas a la lucha en esos lugares, se convirtió en una sonada derrota, que les obligó a retirarse al gobierno turco a intentar conseguir por el halago lo que no había conseguido por las armas, tratando de que por lo menos el emir se conformara con las conquistas obtenidas y salvar con ello a su aliado. Nada obtuvieron, y así, en 1906, Abdel Aziz lanzó un ataque por sorpresa contra el campamento de Ibn Rachid, en el cual murió éste y al emir le quedaban abiertas las puertas del Hiyás, feudo del *cherif* Husain² y ansiado por Abdel Aziz debido a la razón suprema de encerrar los lugares santos de Mecca y Medina, que, además de darle influjo espiritual sobre los cientos de miles de peregrinos que todos los años acuden a ellos, le daban acceso a los ingresos derivados de esta obligación.

Inmediatamente de esta acción guerrera comenzó la política de atraerse a las tribus de esta región, encargando de esta labor a familiares suyos, entre ellos a un hermano llamado Saad. Sin embargo, poco éxito tuvo en este primer intento, pues las fuerzas del *cherif* Husain cogieron prisionero a Saad, el cual sólo fue devuelto cuando Abdel Aziz prometió reconocer la soberanía del *cherif*, representando al sultán. En esto influyó también el que los ingleses no deseaban que dos aliados suyos desgastaran sus fuerzas entre sí, sino que éstas se dirigieran contra los turcos, los cuales habían permitido la construcción del ferrocarril Berlín-Bagdad a los alemanes, proyectado terminar en Kuwait. Por eso ha puesto a Kuwait bajo su protección y a Oman y Muscat, y lo mismo desea hacer con Abdel Aziz, pero éste es más independiente que otros emires de la península y no se va

² Véase F. FRADE: *Una nueva visión de Lawrence de Arabia*, en el número 130 de esta REVISTA, noviembre-diciembre 1973.

a someter, sino que en sus miras está utilizar a los ingleses para sus fines de independencia. En Kuwait está entonces como oficial político el capitán William H. I. Shakespear³, dependiente del gobierno político de la India, a través de la oficina de Irak. El capitán Shakespear era otro personaje al estilo de Lawrence, pero que no ha logrado la fama de éste porque no ha tenido sus excelentes medios de propaganda. Además todos sus escritos, planos y fotografías han desaparecido de la Real Sociedad Geográfica de Londres, donde habían sido depositados después de su muerte⁴. Esto es una lástima, pues al decir de todos los que le conocieron fue un personaje muy notable que influyó grandemente en el que luego sería primer rey de Arabia. Perfectamente preparado para actuar en la región, como todos estos agentes, conocía la lengua árabe, historia y costumbres a fondo. La primera entrevista entre ambos personajes tuvo lugar en pleno desierto, a 200 kilómetros de Kuwait, en el campamento del emir Abdel Aziz. Desde este primer momento el capitán Shakespear se esforzó en convencer al emir de que los ingleses no podían meterse demasiado en lo que consideraban asuntos internos del gobierno turco, pero siempre se mostrarían dispuestos a ayudar a los que demostraran ser amigos suyos. El emir se mostró franco en sus pretensiones: aspiraba a poner bajo su mando toda Arabia central y oriental, con exclusión de Kuwait.

Conforme el tiempo avanzaba y el peligro de guerra se hacía más patente con la amenaza de que Turquía entrara en la guerra al lado de los alemanes y se decidiera a ocupar en serio las zonas de la península interesantes para proteger su flanco en el teatro de operaciones iraquí, las entrevistas se hicieron más frecuentes y la ayuda inglesa a los jefes de la región se hizo más efectiva. Al mismo tiempo, también negociaba con los turcos un tratado, del que nada sabían los árabes, por el que aquéllos reconocían la influencia inglesa en la zona de la península situada al sur de una línea que iba de Qatar a Aden. Con esa ayuda conquista Abdel Aziz la ciudad de Al Hasa a principios de 1914 y ya un poco tranquilo, pues Turquía le reconoce la conquista, se lanza de lleno a una tarea de unificación de las tribus que componen su pueblo, haciendo el primer intento de sedentarización. Los agrupa en poblados establecidos en zonas donde existen pozos, sometiéndoles a una dura disciplina militar y religiosa. Los compo-

³ *Op. cit.*

⁴ Gerald DE GARAUDY: *Faisal King of Saudi Arabia*, Arthur Barker Ltd., Londres, 1966, p. 12.

nentes de estos establecimientos se llaman entre sí hermanos (*ijuan*) y deben estar dispuestos a tomar las armas en el momento que se les mande. Son la base de una guardia nacional que todavía existe hoy día.

Un mes después de estallar la guerra, en noviembre de 1914, se incorpora el capitán Shakespear a la plana mayor del emir Abdel Aziz como asesor político y militar. Lleva por misión negociar un tratado de alianza por el que, a cambio de reconocer al emir sus derechos sobre determinadas partes de la península, apoye éste con sus *ijuan* el flanco de las tropas que llevan su avance hacia el interior de Irak. Es lo mismo que pretende Inglaterra del *cherif* Husain en relación con el avance de las tropas inglesas en dirección a Palestina y para cuyo logro puso al coronel Lawrence como asesor político militar de Faisal, como vimos en nuestro artículo anterior⁵.

El emir Abdel Aziz, cauto como buen hijo del desierto, desconfiado de los extranjeros y mucho más si eran grandes potencias, no se mostró muy favorable a entrar de un modo decidido al lado de Gran Bretaña ni a hacer lo que conviniera a ésta. A él lo que le interesaba era su propio beneficio. De modo que lo único que prometió es que su territorio no serviría de base de operaciones a ninguna de las naciones en guerra contrarias a Gran Bretaña, que sería con la única con la que tendría relaciones. A cambio de esto Inglaterra le reconocía como emir de Nayed y Al Hasa, le proveía de dinero y armas y le defendería si era atacado. No era lo que Inglaterra quería, pero pronto le fue de utilidad y sirvió para comprobar la palabra del emir, pues cuando, después de declarada la guerra, cuatro emisarios del sultán vinieron a pedirle que se uniera a la guerra santa que aquél, en su calidad de *Emir al Mumenin* (Príncipe de los Creyentes), había declarado a los aliados y juntara sus fuerzas con las tribus de Ibn Rachid, que había respondido a la llamada, Abdel Aziz cortésmente los despidió lamentando no poder hacer nada contra los ingleses, firmemente establecidos en el golfo Pérsico.

Inglaterra concedió al emir un subsidio mensual de 5.000 libras esterlinas y armas para organizar una fuerza de 4.000 hombres. Esta se formó a base de *ijuan*, e inmediatamente la utilizó Abdel Aziz en atacar a los rachidíes, encargados por los turcos de cooperar a la defensa de Irak en contra de la ofensiva inglesa. Las fuerzas rachidíes se encontraban en las cercanías del poblado más importante de estos *ijuan*, el de Artauia, dirigi-

⁵ Véase artículo citado

das por un esclavo. Con las fuerzas del emir iba el capitán Shakespear, que, además de asesorarle en sus disposiciones, tomó parte efectiva en el combate, dirigiendo el fuego de dos cañones de campaña. En un principio las fuerzas saudíes hicieron retroceder a las rachidíes, que comenzaron a huir en franca retirada; pero los saudíes, en lugar de explotar el éxito inicial, se dedicaron a recoger botín y dieron lugar a que sus enemigos se rehicieran y contraatacaran, matando a Shakespear, muy visible en su uniforme caqui y muy mal visto de aquellos beduinos, tan puritanos. Ni se supo quién lo mató ni se recobró su cadáver, causando su muerte un gran disgusto a Abdel Aziz, y mucho más cuando los ingleses se negaron a mandar otro oficial en su lugar, alegando no tenían ninguno disponible de las cualidades requeridas. En realidad, una de las cosas que sucedía era que los ingleses estaban muy seguros de que Ibn Saud siempre estaría en contra de Ibn Rachid, y es lo único que de él podían obtener.

Siguió durante estos años de guerra el emir Abdel Aziz Ibn Saud luchando con Mohammed Ibn Rachid, pero sin lograr conquistar su capital, Hail. Mientras siguió con su gran tarea de unificación de las tribus del Nayed, rompiendo sus estructuras tribales, afirmando los asentamientos de *ijuan*, que llegaron a ser 70, con una población que alcanzaba cerca de las 80.000 personas. Es obvio que con ello agrupaba la lealtad de estos beduinos en torno a su persona, cuyo prestigio crecía continuamente y que en sus asentamientos se desarrollaba un clima de milicia y exaltada fe religiosa islámica, que les conduciría a la derrota de sus invasores con éxito si esta invasión se producía o a la conquista de sus reductos. Para ensanchar el número de sus partidarios enviaba misioneros a las tribus vecinas, que insuflaban en éstas la fe en el puro Islam, que ellos practicaban mezclado con supersticiones y creencias extrañas a lo que el profeta predicó, y luego les inducía, una vez atraídos, a asentarse, dándoles dinero de sus escasos recursos para que excavarán pozos y pudieran comenzar a cultivar los productos agrícolas más apropiados al suelo y al clima, construyeran mezquitas y al final adquirieran armas para defenderse y unirse al emir cuando éste les necesitara. No sabemos cómo influiría la muerte de Shakespear en el futuro de las relaciones de Gran Bretaña con los pueblos de la península arábiga. En un principio parece que el *cherif* Husain y sus hijos tenían más valedores entre las autoridades inglesas en El Cairo que el emir Abdel Aziz. Lo contrario ocurría con las de la India, que parecían tener cierta inquina contra Husain y preferían a Abdel Aziz como rey

de toda la península. De todos modos Abdel Aziz, una vez que acabara con Ibn Rachid, no se detendría y aspiraría a tener bajo su dominio los lugares santos de Mecca y Medina, es decir, la totalidad del Hiyas. Esto no sucedió hasta después de terminar la guerra. Primero se apoderó de Hail y pronto estalló una disputa seria con el *cherif* Husain. Ya en mayo de 1919 éste, pretextando que el gobernador del oasis de Jurma, situado en el Nayed, era un *cherif*, envió una fuerza al mando de su hijo Abdul-lah para apoderarse del oasis, estratégicamente situado en el camino a Mecca, a pesar de que sus habitantes se sentían más ligados a los saudíes que a los hachemíes. Esta fuerza fue enviada con la secreta aprobación del Gobierno inglés, pero fue rodeada y destruida por las fuerzas del emir Abdel Aziz, pudiendo salvarse el hijo del *cherif* Husain y su estado mayor a uña de caballo. Esta acción produjo en el *cherif* y los que le rodeaban el gran temor de que los «salvajes uahabíes» se lanzaran contra Mecca y Medina, abierta ya a su acción desde el estratégico oasis. Empezaron a decir que si las ciudades sagradas caían en sus manos asesinarían a todos sus habitantes y arrasarían todo lo que encontraran a su paso, como en tiempos anteriores había sucedido.

Vamos a ponernos en el año 1924, en el momento en que el *cherif* Husain va a unir a su título de rey del Hiyas el de jalifa del Islam, y, por el contrario, Abdel Aziz ha visto que los buscadores de petróleo no encuentran este preciado líquido, perdiendo las 2.000 libras anuales por la concesión y deseando por ello añadir las que a Husain le proporciona la peregrinación y la que espera le den las potencias occidentales si se apodera del Hiyas. En febrero del citado año el *cherif* Husain se autoproclama jalifa e inmediatamente Abdel Aziz da la orden de avance hacia el Hiyas. En septiembre cae la ciudad de Taif—la hermosa ciudad montañosa, residencia veraniega hoy del Gobierno saudita—. A sus pies están Mecca y Yedda, el puerto más importante del mar Rojo. La conquista de Taif fue fácil, pero durante ella murieron 300 personas civiles a manos de los *ijuan*. Se temía lo peor para Mecca, y por eso el *cherif* huyó. Cayó sin disparar un tiro. Por supuesto, se destruyeron todos los monumentos islámicos, considerados como ostentación de *chirk* (idolatría), pero nada más. En 1925 cayeron Yedda y Medina, y en 1926 el emir Abdel Aziz se proclamó rey del Hiyas y sultán del Nayed. En septiembre de 1932 se unieron Hiyas, Nayed y Al Hasa bajo la denominación de reino de Arabia Saudí, reconociendo un año más tarde el *cherif* Husain al emir Abdel Aziz como rey de ese Estado.

En ese mismo momento se produce el hecho trascendental del descubrimiento de petróleo, que cuarenta años más tarde iba a traer una conmoción mundial por la sola acción del monarca de un país tenido por poco importante en los asuntos mundiales.

En todas las campañas promovidas por Abdel Aziz contra sus rivales en la península tomó parte su hijo Faisal, actual rey de Arabia, a pesar de su juventud, y también en misiones políticas, como la que llevó a cabo en Londres y París a la temprana edad de catorce años, acompañado de Ahmed el Tunaian, en marzo de 1919, y en la que los sauditas tuvieron una desagradable entrevista con el otro Faisal, el hijo del *cherif* Husain. Las campañas en las que participó fueron las llevadas a cabo contra Abha y Asir en 1919 y 1924, respectivamente, que trajeron como resultado establecer un protectorado saudí en parte de Asir en 1926 y el dominio total en 1930. Sin embargo, en 1934 se sublevaron sus habitantes, ayudados por el iman del Yemen, y fue precisa una nueva campaña, en la que Faisal mandaba una de las tres columnas en que se dividió el ejército en su ofensiva. Esta columna fue precisamente la que se apoderó del importante puerto de Hödeida, que trajo una situación difícil para las fuerzas del iman y la intervención de barcos de guerra ingleses e italianos, listos para la defensa de sus connacionales residentes en Yemen. Al final, los saudíes y los yemeníes llegaron a un acuerdo por el que se fijaron las fronteras entre los dos países.

El advenimiento de Abdel Aziz como rey de Hiyas empezó a notarse grandemente por la seguridad que dio al país y la tranquilidad con que las caravanas podían atravesar el país con propósitos comerciales o de peregrinación, en contraste con el pillaje frecuente a que solían ser sometidas anteriormente a su gobierno. En cuanto los uahabíes comenzaron a aplicar estrictamente la ley coránica de cortar la mano derecha a los ladrones, un simple saco que cayera inadvertidamente de una caravana en el desierto, allí quedaba. Todavía hoy pueden dejarse en Arabia Saudita cosas valiosas con confianza en cualquier parte, siendo difícil que nadie las toque. Lo mismo sucedió con los asesinatos, que en tiempos del *cherif* Husain eran bastante numerosos, incluso en la ciudad sagrada de Mecca. En cuanto comenzaron a cortarse las cabezas de los asesinos con el afilado sable curvo con que las cortan se redujo el índice a un mínimo extraordinario, que persiste a lo largo de los años.

Por cierto que la adopción del título de rey de Hiyas por Abdel Aziz, lo mismo que antes había hecho el *cherif* Husain, fue censurado por los jefes de las tribus naydías. Lo consideraban muy pretencioso, y le censuraban también ser demasiado tolerante con aquellos herejes, como los fanáticos uahabíes, juzgaban a los habitantes de Hiyas. Algunos, particularmente los jefes de las tribus menos adeptas a Abdel Aziz, como el de la de los Ayman, que incluso anteriormente se había sublevado contra él, le enviaron cartas de protesta, diciéndole con toda claridad que trabajaba por satisfacer su propia ambición y que permitía que la abominación siguiera en Hiyas. Le exigían que cambiara aquella conducta inmediatamente y se atuviera al código uahabí. El rey, que no tenía nada de tímido ni huía las dificultades y además sabía cómo hablar y tratar a los beduinos, en seguida que pudo se volvió de Mecca a Riad y aquí se proclamó rey de Nayed y los territorios dependientes, además de rey de Hiyas. Inmediatamente convocó una reunión de pertenecientes a las tribus del Nayed *aolama* (personajes sabios religiosos), *chuiuj* (jefes de tribus) y simples ciudadanos. Se reunieron más de 3.000, y entre ellos, los poderosos jefes de las tribus de Ataiba, de Qatan, Shammar, de la rebelde Ayman, de las Murra, en las lindes de los desiertos del Sur, los más terribles del mundo, y sobre todo de la de Mutair, con su jefe Faisal al Dauich, gobernador del asentamiento más antiguo de *ijuan*, el de Artauía, al que ya hemos hecho referencia anteriormente. Había muchas tribus más, que no nombro por no hacer pesado el relato. Sucedió esto en enero de 1927, contando Abdel Aziz cuarenta y siete años, en plenitud de forma física y espiritual. El estilo en que se dirigió a ellos y las razones que les expuso fueron de lo más seductor y convincente para sus oídos de beduinos sencillos y llenos de temor a su libro santo y a sus costumbres. Usando sus expresiones típicas tribales y en una forma rítmica a veces, les convenció que él siempre había seguido la ley religiosa, de acuerdo con lo expuesto en el Corán, y que nadie podía acusarle de haber hecho nada contrario a su fe. Prometió no traicionarles y promover su fe y su bienestar.

Sus palabras y su manera de exponerlas llegaron hondo a las almas de aquellos sencillos hombres, que, llorando, se aglomeraron para besar su mano y prometer obediencia a Dios, a las leyes de su profeta y a él.

Ya tenemos a Abdel Aziz rey de Hiyas y de Nayed, con su hijo Saud como príncipe heredero—con resistencias—y Faisal como delegado de su padre y ministro de Asuntos Exteriores, dispuesto a bregarse en las tareas

más delicadas del Estado, en su patria y fuera de su patria. Así, en 1932, fue a Moscú en su calidad de ministro, encabezando una delegación que se entrevistó con Stalin y su ministro de Asuntos Exteriores, Molotov, visitando los centros culturales, academias militares, factorías y otros establecimientos, haciéndose declaraciones de mutua buena voluntad.

El año 1933 el Gobierno saudita otorgó la concesión para prospección de petróleo a la Standard Oil Company de California, sin gran confianza en que encontrara el dormido tesoro bajo las arenas. Cinco años tardó la compañía en encontrarlo en cantidades comerciales, y al primer envío que se hizo desde Ras Tanura, en mayo del siguiente año, acudió el rey, cantando él y sus acompañantes versos que éstos improvisaban durante el viaje, al viejo estilo beduino, para exteriorizar su contento.

Fueron éstos los años de la II Guerra Mundial, en la que el rey Abdel Aziz observó una neutralidad más bien benevolente hacia los aliados, que resultó muy beneficiosa para su país. En el año 1942 los americanos nombraron un encargado de Negocios, dependiendo del embajador en El Cairo. Este, en una visita que hizo a Yedda, invitó al rey o alguien que le representara a que hiciera una visita a los Estados Unidos. Fueron los príncipes Faisal y Jaled, que ahora es príncipe heredero, los designados por su padre para representarle, quedando el mayor, Saud, en el reino para ayudar a su padre. Los recibió en Washington el presidente Roosevelt y el ministro de Asuntos Exteriores Cordell Hull. En todas partes causaron sensación por sus trajes árabes y sus reposadas maneras de hijos del desierto. Visitaron todo, desde la Casa Blanca hasta un estudio de cine en Los Angeles, un rancho, el Gran Cañón, el Congreso, los centros de investigación árabe y academias militares y, por supuesto, las refinerías de la Standard. Un viaje que hizo gran impresión en el futuro rey. De allí se fueron a Inglaterra, que, aunque en guerra, ya no eran los agobiantes primeros años, sometida a los bombardeos de la Luftwaffe. Ahora era la RAF la que, en unión de sus aliados americanos, arrasaba las ciudades alemanas. Esto le dio ocasión para ver a las unidades de la flota y de la fuerza aérea dirigirse a sus misiones de combate, visitando un submarino y un avión de bombardeo. Visitaron al rey, pero no a Churchill, que estaba fuera, haciéndolo en su lugar a su mujer, a la que entregaron una espada magníficamente trabajada de su padre para su esposo. A su vuelta a Arabia pasaron por Argel, entrevistándose con el general De Gaulle, y en Túnez, con el bey. En su última etapa pasaron varios días en Egipto, que fueron el

remate de un viaje lleno de experiencias importantes para el futuro gobernante y precursoras de otros muchos viajes que a lo largo de su vida iba a realizar al servicio de su patria saudita y de la comunidad árabe e islámica.

En 1944 se celebra la conocida entrevista de Abdel Aziz Ibn Saud con Roosevelt y Churchill, a la vuelta de éstos de la reunión de Yalta, a bordo de un barco americano, en el canal de Suez. Está muy repetida en libros árabes la conversación y el consejo de Abdel Aziz de que, puesto que los aliados iban a ganar la guerra, los judíos debían volver a sus países de origen y no ayudar aquéllos a crear una patria judía en Palestina. Roosevelt le prometió que los Estados Unidos no se enfrentarían con los árabes ni tomarían ninguna resolución sin consultar antes a árabes y judíos. Desgraciadamente para los primeros, ya vimos lo que sucedió cuando, terminada la guerra y muerto Roosevelt, el caso que hizo Truman del compromiso contraído por el anterior presidente, compromiso que, por otra parte, sinceramente, no creo pasara de una declaración protocolaria en la que tendría que ver bastante el viejo zorro de Churchill.

En 1945, Faisal, que había acompañado a su padre en la entrevista con Roosevelt, hizo su debut en la ONU, a la cabeza de una delegación de su país, y pronunció un discurso realista, como todos en su vida, en la que, como joven, tenía su esperanza en la ONU, aunque afirma que ésta para los pequeños Estados, de los 50 que se reunían y que habían sufrido opresión, no representaba la perfección. Hizo un canto a las naciones aliadas y fustigó la tiranía de las vencidas, resaltando los esfuerzos de Roosevelt por la causa de la paz. Con esto, me imagino yo que no es que quisiera halagar a los americanos, sino tenerlos a su favor, como nación más fuerte, para defender en lo posible los anhelos de los pueblos árabes del Próximo Oriente. Sin embargo, sufrió una gran decepción, pues mientras el embajador Wadsworth, arabista y amigo de los árabes, asesor de los asuntos de Oriente Medio en la delegación americana, en 1947 daba a Faisal buenas esperanzas en las frecuentes reuniones que con él tuvo sobre el futuro de Palestina, el presidente Truman recibía las sugerencias del doctor Weitzman y la presión de los sionistas americanos para la creación del Estado de Israel y a la cual dio su aprobación. El prestigio de Faisal, que había asegurado a los demás delegados árabes que América no apoyaría la creación de un Estado judío en Palestina, sufrió un rudo golpe, y por eso su *ego* resultó dañado, tardando en recobrase. Sin embargo, no recurrió, para compensar su sentimiento autoestimativo herido, a las declaraciones

estridentes ni a las amenazas, pues se daba cuenta del valor de su país en aquel momento y que él sólo era un delegado de su padre, a quien correspondía tomar la iniciativa, y éste tampoco lo hizo, pues, aunque valeroso y orgulloso, era cauto.

Sin embargo, no fue América el primer país que reconoció a Israel, sino la URSS, como también había sido este país el primero en reconocer a Abdel Aziz como rey del Hiyas, tras su conquista en 1926, y por eso fueron las primeras muestras de buena voluntad, como hemos hablado.

Desde 1947 hasta 1953, en que murió el rey Abdel Aziz, dedicó éste su labor a mejorar las condiciones de vida de su reino, poniendo especial interés en alumbrar agua subterránea para incrementar los cultivos y en mejorar las mezquitas sagradas de Mecca y Medina, con vistas a facilitar el cumplimiento de las prácticas de la peregrinación a la «casa de Dios»⁶. También creó centros de enseñanza y comunicaciones, pero esto iba a tener un desarrollo espectacular desde el advenimiento de su hijo el rey Faisal en 1964

El 9 de noviembre de 1953 murió en Taif, a la edad de setenta y tres años, un poco temeroso del porvenir de su reino por «la maldad y confusión, cinismo y apetencia de beneficio material en un grado que no podía comprender», que también había alcanzado a algunos de sus hijos⁷. Fue enterrado en Riad, en un cementerio familiar, en una sencilla tumba, tan modesta como la del más humilde de los musulmanes, y Saud—a su lado, Faisal—recibió el juramento de obediencia de 100 príncipes, que pasaron ante él diciendo: «*Nubaik aala kitab Al-lah ua sunnat a rasul-ul-lahu.*» («Te juramos fidelidad por el Libro de Dios y por la tradición del enviado de Dios.»)

Faisal quedó confirmado como virrey de Hiyas y ministro de Asuntos Exteriores, asumiendo el nuevo rey, Saud, la presidencia del Consejo de Ministros.

Durante los once años que duró el reinado de Saud, el papel de Faisal fue creciendo y adquiriendo gran prestigio en el interior y en el exterior, mientras el de Saud, con su ostentosa vida, fue labrándose el descrédito entre sus propios hermanos, haciéndose pronto paso la idea de hacerle abdicar y ocupase su puesto Faisal. Mucho tiempo se opuso éste a la idea, y lo más que aceptó fue asumir el puesto de primer ministro en 1958.

⁶ Véase F. FRADE: *Compendio de religión musulmana*, Ed. Casado, Tetuán, 1955.

⁷ *Op. cit.*

Eran tiempos difíciles en el mundo árabe en general, no sólo en Arabia. Durante ellos se sucedieron la nacionalización del canal de Suez y la subsiguiente invasión de Suez y del Sinaí por ingleses, franceses e israelitas, la llamada guerra del Yemen, la revolución de Irak, que acabó con la monarquía hachemita, el fracaso de la doctrina Eisenhower para Oriente Medio y la unión y separación tres años más tarde de la República Árabe Unida. En este tiempo Nasser juega fuerte para hacerse el líder indiscutible de Oriente Medio, y en Arabia las tendencias son encontradas, dentro de la misma casa real, respecto a la posición a tomar por el Gobierno.

Es la época álgida de la guerra fría entre las dos grandes potencias, que aspiran a repartirse el dominio del mundo, y ya se ha puesto en marcha la política de Truman de la contención del poderoso núcleo continental, que tan bien parado ha salido tras la gran contienda mundial al haber conseguido incluir en su dominio la importante zona estratégica de Europa oriental. Ahora aspira a adquirir la mayor influencia posible en Oriente Medio, pues sabe que esta vital zona le abriría el camino al dominio de Africa y no tanto a Asia, porque aquí está China, muy difícil de absorber. Hay que convencerse que, a pesar del internacionalismo comunista, ni el nacionalismo ni el imperialismo han muerto en el mundo. Sólo que la guerra se lleva a cabo por procedimientos más sutiles, entrando principalmente las armas psicológica y económica.

Oriente Medio, bajo un fondo común de lengua y religión mayoritarias, es un mosaico donde perviven viejas corrientes de tendencias distintas, prestas a estallar en momentos de debilidad de los poderes centrales de los diversos Estados, los más fuertes de los cuales tienden a aglutinarlas en un todo, sea la nación árabe o la comunidad islámica. Pero hay, como digo, diversidades regionales muy fuertes que han traído las actuales nacionalidades. Nasser se erigió en campeón de la primera de las idealizaciones dichas, la de la nación árabe, y luchó denodadamente por unir en su torno a todos los países de su cultura dispuestos a hacerlo. La nacionalización del canal de Suez y la inutilidad de la invasión anglo-franco-israelita, a pesar de su fulminante éxito militar, le proporcionaron una aureola casi mágica. Los rusos quisieron unirse a su carro, pero él se decidió por la política neutralista. De todos modos serán sus suministradores de armas y los que le construyan la presa de Asuán, gran error americano, que desearon que, a cambio de su ayuda, se sumara a la doctrina Eisenhower para que el Tratado que continuara la acción del del Atlántico Norte fuera

uno que englobara a los países de Oriente Medio y no circunscrito a los del Pacto de Bagdad. La revolución de Kassem en Irak rompió la débil continuidad proporcionada por Grecia y Turquía, junto con el citado país árabe, y Norteamérica sólo se quedó con Turquía, Irán e Israel como aliados, y conserva como amigos a las monarquías saudita y jordana, más conservadoras y temerosas de las corrientes socialistas que se esparcen por el mundo árabe, de acuerdo con el papel que corresponde a monarquías tan tradicionalistas.

Faisal, sin embargo, ya declaró en el momento que se iniciaban los primeros pasos del Pacto de Bagdad, con el Tratado de Irak y Turquía, en una reunión de ministros de Asuntos Exteriores de países árabes celebrada en El Cairo en 1955, que «Arabia Saudita no estaba a favor de que los Estados árabes se unieran a pactos de seguridad extranjeros», cosa en la que todos los Estados árabes han coincidido siempre, salvo ese pequeño tiempo en que Irak estuvo unido al Pacto de Bagdad.

También, cuando en 1956 Nasser nacionalizó el canal de Suez y los soldados ingleses abandonaron la zona, Faisal declaró que todos los árabes debían estar orgullosos de la decisión de Nasser de nacionalizar el canal, como era su legítimo derecho. Criticó asimismo a los Estados Unidos por no ayudarle en la construcción de la alta presa en Asuán, lo cual iba en contra de los intereses de los Estados Unidos. En fin, cuando su hermano el rey fue a Estados Unidos, invitado por el Gobierno de este país para convencerle de la ventaja de la doctrina Eisenhower y que él la expusiera a otros países árabes, y después de ver la seca negativa de Nasser a renunciar a su neutralismo, Faisal declaró a la agencia Middle East News nada menos que «los puntos de vista del Gobierno árabe saudita estaban plenamente de acuerdo con los de Egipto en todos los problemas»⁸.

A partir de entonces se intensifica la acción de Nasser en el interior de otros países árabes, donde en todos aparecen los célebres «oficiales nasseristas». Lo mismo en Siria que en Irak, Yemen y también Kuwait, Arabia y Jordania. Contra esta acción, tendente a derribar los gobiernos establecidos, está Arabia Saudita y, por supuesto, los Estados Unidos, pues no hay que olvidar el carácter de *shaterbelt* que los geopolíticos asignan a esta zona, como ya hemos visto al principio⁹. Es el momento en que Nasser

⁸ Gerald DE GARAUDY, *op. cit.*

⁹ Fernando FRADE: *Introducción a la Geopolítica*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1970.

hace su afirmación en Damasco de un complot de Arabia Saudita contra Siria y Egipto y en la que acusaba al propio Saud de haber extendido un cheque por valor de dos millones de libras para que un grupo terrorista realizara un sabotaje en el avión en que él iba a viajar. Al mismo tiempo supieron en Riad de los manejos de Egipto para preparar un complot que derribara al imán Iahia del Yemen. Total que la situación se hizo extremadamente tensa, y los propios hermanos de Saud y Faisal exigieron la entrega de todos los poderes a Faisal, puesto que éste se había negado a aceptar la abdicación de su hermano.

No fue sólo la mala imagen política de Saud, frente a los ataques de Egipto de que perjudicaba la causa del arabismo, y que habían hecho se creara un frente de liberación de la península arábiga, lo que motivó su caída. También fue causa de ella su prodigalidad, que hacía que, a pesar de los fuertes ingresos del petróleo que el tesoro obtenía de ARAMCO, las cajas del mismo estuvieran vacías. Y como sucesor no había otro con experiencia y prestigio como Faisal. Además era el segundo heredero, nombrado por su padre.

La escena fue dramáticamente sobria. El 24 de marzo de 1958, que caía en el mes musulmán de Ramadán, en el que es obligado el ayuno durante el día a los musulmanes, a la caída de la tarde, mientras Saud esperaba la comida que rompe el ayuno, sentado entre su hermano Faisal y su tío Abdul-lah Ibn Abdurrahman, entraron otros doce hermanos, encabezados por el príncipe Fahed y tras mandar salir a los criados y otros familiares, éste dijo en nombre de todos: «Hemos jurado salvarte, y al hacer esto nos salvamos todos y el reino.» El rey, silenciosamente, miró a su hermano y a su tío, y como éstos permanecieron silenciosos e inmóviles, dijo: «¿Qué deseáis que haga?» Esta vez contestó el príncipe Mohammed: «Hemos decidido pedirte que abduques, pero tu hermano Faisal se ha opuesto a esta idea y ha pedido que permanezcas en el trono. Hemos aceptado con una condición: que entregues todos los poderes a Faisal.» El rey inmediatamente contestó: «Acepto.»

Faisal se aplicó a la tarea con absoluta dedicación y entusiasmo, y desde entonces podemos decir que empezó a crearse la moderna nación saudita, y es justicia reconocérselo, cuando tanto se le ataca por su régimen feudal. Su padre sentó las bases del reino; él ha llevado adelante su desarrollo en una tarea agotadora y en medio de una vida sencilla y sobria.

Tenía que remendar las finanzas para poder construir su Estado y mejorar la imagen de éste en el exterior. O con otras palabras: traer el orden al interior por la prosperidad a que su riqueza en petróleo obligaba al país y fortalecerlo, haciendo que se le respetase en el exterior y su voz tuviera eco en el conjunto de la patria árabe y en el concierto de las naciones.

Con respecto a los ideales de la patria árabe común que Nasser había enarbolado como bandera de su política, Arabia Saudita fue de los primeros en pertenecer a la Liga Árabe, como hemos visto; pero poco hizo en 1948, cuando la partición de Palestina, decretada por la ONU, aunque tampoco hicieron nada los demás, salvo salir derrotados por su falta de coordinación y espantosa debilidad. Primero era preciso fortalecerse, y ése era el pensamiento de Faisal y de su padre en un Estado recién nacido. Tampoco el año 1956, durante la campaña del Sinaí, había hecho nada Arabia Saudita, entonces bajo Saud, porque tampoco podía, salvo dar subsidios y tener una pequeña fuerza estacionada en Jordania. Por eso ahora Faisal tenía que hacer frente a la hostilidad de gran parte del mundo árabe, y la primera nación con la que había que arreglarse era con la República Árabe Unida del rutilante Nasser, ídolo de todos los árabes, tras la nacionalización del canal de Suez y su política de no alineación, que lo ponía en la primera línea de la actualidad mundial. También en su mente estaba la paz entre todos los Estados árabes, y por eso inmediatamente emitió un comunicado haciendo alusión a sus deseos de amistad y cooperación y haciendo hincapié en que Arabia observaba una positiva neutralidad y no formaba parte de ningún pacto extranjero. Resaltó que la base de Dahrán no era militar ni había depósitos de armas, y sólo los Estados Unidos tenían derecho de paso de ciertos aviones y abastecimiento de combustible.

El comunicado no encontró eco, pues la prensa y radios egipcias y sirias continuaron con sus campañas de descrédito e insultos.

Respecto a las finanzas, lo primero que hizo fue dar plena autoridad a la Organización Monetaria saudita, creada en 1952, la cual tomó las medidas adecuadas para fortalecer el rial saudí y redactar un presupuesto equilibrado; los gastos de la casa real se redujeron en los seis años siguientes en dos tercios, al mismo tiempo que los ingresos por el petróleo iban aumentando año tras año. Se abrieron los palacios y jardines reales al público en todas las ciudades del reino, excepto los oficiales, que el rey, por cierto, no habita, sino sencillas villas, en una de las cuales yo tuve el honor de visitarle unos

años después del tiempo de este relato y sin ningún protocolo especial, salvo el de pedir audiencia.

Para el final de ese año la situación en el reino había mejorado notablemente, incluso en sus relaciones exteriores, buenas, como es natural, con los reyes de Jordania e Irak, entre sus vecinos. El siguiente, 1959, se iba a producir un suceso que iba a causar gran conmoción en todo el mundo árabe, pero de un modo especial en Arabia. Fue el derrocamiento de la monarquía iraquí por el general Abdul Karim Kassem, con el asesinato de toda la familia real y el primer ministro, el temido Nuri es Said, con la excepción de una hermana del regente, emir Abdulil-lah, su esposo y sus hijos. Las escenas de los cadáveres, arrastrados desnudos por las calles, con los miles de muertos que se produjeron, sacudieron a todo el mundo. Sin embargo, Faisal, quince días más tarde de hacerlo el Gobierno inglés, reconoció al Gobierno revolucionario de la República de Irak.

En agosto, para seguir por el camino emprendido de establecer las mejores relaciones con la más fuerte nación árabe, fue su visita a El Cairo. Su intención principal era hacer que cesaran los ataques de la radio El Cairo contra su Gobierno y familia; a cambio, él estaría dispuesto a apoyar a Nasser en su política y quizá en sus finanzas. Esto no se ha publicado por nadie. Durante cierto tiempo cesaron los ataques, pero la actividad del Gobierno egipcio para conseguir instalar personas adictas a él en el Yemen, especialmente después del fracaso de la efímera unión sirio-egipcia, volvería a envenenar las relaciones entre los dos países durante mucho tiempo.

La cuestión empezó cuando el imam Ahmed del Yemen murió asesinado en 1962. El Yemen hasta esa época prácticamente era un Estado anacrónico, gobernado bajo una ley no absolutamente ortodoxa, sino derivada de la *chiaa*¹⁰, en la que el imam prácticamente tenía todos los poderes. Su sucesor, su hijo, el príncipe Mohammed Badr, no tenía la misma fuerza que su padre y fue pronto derrocado por el mariscal Abdul-lah Sal-lal, jefe de la guardia real, que antes había estado encarcelado cinco años por su padre. Badr huyó y por medio de su tío Hasan, representante de su país en las Naciones Unidas, pidió la ayuda del rey Saud, el cual, sin vacilar, ordenó se le prestara, reapareciendo entonces Badr de su escondite y comenzando una guerra de guerrillas en las montañas de su país, con la que no podría Sal-lal, ya presidente de la República, durante todo su mandato, a pesar de

¹⁰ Véase F. FRADE: *Sectas y movimientos de reforma en el Islam*, Ed. Casaso, Tetuán, 1952.

tener en el Yemen un cuerpo expedicionario egipcio que llegó a contar 60.000 hombres. Nasser decía con humorismo sombrío, citado por Mohammed Hasanein Heycal¹¹: «Envié un batallón para que rompiera el sitio de Sanaa y después tuve que enviar una división para que reforzará el batallón.»

No se trata ahora de explicar las operaciones militares en el Yemen, sino ver que Egipto decididamente apoyó a los republicanos y Arabia Saudita y Jordania lo hicieron a los realistas. Que las grandes potencias, en especial los Estados Unidos e Inglaterra—ésta, por su posesión de Aden—, no diría que se inclinaron por los realistas, sino por conseguir que Nasser retirara sus fuerzas del país y no quedara un régimen que pudiera ser utilizado por la Unión Soviética, que demasiado había avanzado hacia el Indico. En consecuencia, Kennedy puso toda su fuerza al lado de Faisal y fue motivo de un creciente resentimiento hacia él por parte de Nasser.

Por todo esto, Faisal, que había pedido cobertura aérea a los Estados Unidos para contrarrestar a la aviación egipcia, fue acusado de estar sometido a los imperialistas, acusación de la que aún hoy se le hace objeto entre árabes de distintos países. Pero ¿quién puede negar que Faisal, si ayudaba a los realistas desde la frontera, lo hacía inspirado por instintivo sentido de defensa, temiendo, a su vez, que desde la Sanaa del régimen de Sal-lal se le exportara la subversión y acabaran con el reino saudita? Como esto coincidía con los intereses globales de los Estados Unidos, la explicación se aclara por sí sola. Ciertamente esta lucha interna era en beneficio de Israel, que veía los soldados egipcios en el Yemen, en lugar de sentirlos en la frontera del Sinaí y a los sauditas fuera de Jordania. Además, el sentimiento instintivo de defensa no era sólo por temer se exportara la subversión en el interior de su país y se destruyeran las esencias islámicas que él siempre ha defendido y defiende, sino porque la aviación egipcia atacaba de verdad los pueblos sauditas, algunos, como Abha y el Jemis de Machaid, a 80 kilómetros de la frontera con Yemen. Para Faisal estaba claro que lo que Nasser pretendía con su ayuda a la revolución en el Yemen era instalarse en una entrada al reino, que, además de darle una posición estratégica importante en el mar Rojo, podría aproximarle a los ricos campos petrolíferos de la península.

Frente a este triple ataque: psicológico por los medios de información, en especial la radio, oída en todo el mundo árabe, para degradar la imagen de la familia saudita; armado para instalarse en la entrada del reino y subversivo en el interior, Faisal, desde su posición de primer ministro y ministro

¹¹ Mohammed HEYCAL: *Los documentos de El Cairo*, Lasser Press Inc., Panamá, 1972.

de Asuntos Exteriores, detentador de los hilos del reino, mostraba su clásica actitud cauta y prudente y conciliatoria también, que, sin embargo, hay muchos que no le quieren reconocer. Ciertamente, le perjudicaban las ostentosas y pródigas estancias de su hermano el rey en el extranjero y también tener muchos puestos de gobierno, entre ellos los clave, en manos de sus familiares muy directos, hermanos, tíos, hijos, sobrinos y en cantidad que en ningún otro país árabe ocurre. Lo primero era absolutamente imprescindible eliminarlo. De esto se daban cuenta todos; además había el peligro de que Saud fuera trabajado por Nasser; pero lo más urgente era acabar con el conflicto del Yemen. En esto se veía favorecido por el hecho de que su continuación era una sangría económica y en material humano para Egipto, que iba viendo año tras año que no podía conseguir su propósito. No consiguió Faisal su objetivo de que los yemeníes eligieran su propio gobierno, como él proponía, en lugar de instalarle uno revolucionario a la fuerza; pero sí consiguió, con la ayuda de los Estados Unidos, hacer que Nasser viera por sí mismo la inutilidad de sus esfuerzos y se aviniera a negociar. Es una característica del rey Faisal la paciencia y la moderación, pues él no respondió jamás a los insultos de radio El Cairo con otros insultos. La definitiva paz al Yemen llegó siendo él ya rey; pero veamos cómo sucedió este segundo paso en su toma del poder de un modo absoluto y legal.

Las cosas se plantearon al volver Faisal de El Cairo en septiembre de 1964 de la reunión con Nasser, en la cual habían arreglado el alto el fuego entre realistas y republicanos en el Yemen.

La prensa comenzó a publicar informaciones, sin duda dirigidas a preparar al país, en las que se decía que los príncipes de la casa saudita habían estudiado la situación del Gobierno y habían llegado a la conclusión de que la división de poderes entre Saud y Faisal era un obstáculo para las reformas que el país necesitaba y también para las relaciones de Arabia Saudita en el exterior. Tenían a favor de sus tesis a los *aulamā*, encabezados por el mufti del reino¹².

Faisal, que se encontraba en Yedda, había decidido ir a Riad para una visita de una semana. Yo no sé si de acuerdo con sus hermanos o éstos por su cuenta se decidieron a presentar un hecho consumado, como dice De

¹² Los *aulamā* son hombres sabios en la interpretación de la ley islámica, y *mufti*, el que tiene facultad para emitir *fatwas* (dictámenes). En Arabia, además del rey, el príncipe heredero y la Administración, ha existido siempre el Consejo Supremo, compuesto por los príncipes y los *aulamā*, con poder para corregir los errores de los primeros.

Gaury en su libro¹³; el caso es que decidieron acatarle como rey en cuanto llegara a Riad, y mientras aconsejaron a Saud que abdicara. Se esparcieron rumores entre la población de Riad de lo que iba a suceder, mostrando el pueblo calma en todo momento y esperando los acontecimientos. Faisal, mientras tanto, intentó convencer a su hermano de que debían hacerse drásticas reformas administrativas y financieras, reduciendo los gastos del rey y su casa y aumentando los de los proyectos de desarrollo del país. Fracasó en su empeño, y los príncipes decidieron pasar a la acción directa ante el Consejo Supremo, y éste decidió que había que persuadir a Saud que abdicase. Como no se lograra esto, decidieron deponerle. No voy a entrar en los detalles de la lucha, que no tienen cabida en este artículo; sólo diré que la deposición se llevó a cabo por una *fetua* de los *aulama*, presididos por el juez supremo y gran *mufti* de Arabia Saudita, cuyo primer artículo era la citada deposición, y el segundo, la proclamación del príncipe heredero, Faisal Ibn Abdel Aziz Ibn Abdel Rahman Al Faisal Al Saud, como rey legítimo de Arabia Saudita.

El primer discurso del nuevo rey, en el momento de su acceso al trono, fue un discurso muy equilibrado y en él aparecen sus ideas básicas: reforma política, administrativa, económica y social en el interior, y colaboración con los países árabes hermanos para lograr los fines de la patria árabe, pero todo bajo la guarda de la ley del Islam, «religión que con el arabismo irradió de nuestra tierra pura».

Subrayó que la responsabilidad del poder había caído en sus manos por decisión unánime de la familia Saud, después de los *aulama*, luego del Consejo de Ministros y del Consejo de Estado.

Pidió la ayuda de Dios y la colaboración de todos y prometió su colaboración a todos los hermanos árabes y a todos los países musulmanes.

No hizo ninguna alusión directa al problema de Palestina, pero sí subrayó que «uno de los objetivos conocidos de nuestra política exterior es de colaborar al máximo con los países árabes hermanos y de ejecutar las resoluciones de las dos Conferencias árabes en la cumbre y de laborar por la liberación de las partes de la patria árabe que aún sufren bajo el yugo del colonialismo», terminando el párrafo, como siempre: «y de colaborar con los países islámicos para mejorar la suerte de los musulmanes y salvaguardar su dignidad».

Esta promesa la ha mantenido en los diez años que lleva de reinado. Ha introducido reformas en el interior, aunque no políticas. La estructura

¹³ *Op. cit.*, p. 131.

del estado es prácticamente la misma. Sin embargo, sí ha dado a la nación un gran impulso económico y administrativo. Todavía hay muchos extranjeros en el país ocupando puestos técnicos y de asesoramiento en la Administración en las empresas, en las escuelas, en las universidades y centros de investigación, pero la labor educativa realizada trae todos los años creciente número de sauditas a los puestos de la Administración y con ello una mayor participación en las tareas de gobierno, aunque en esto aún ha de recorrer esta nación mucho camino.

He dicho que no ha introducido reformas políticas, detentando un poder en manos de la familia Saud, que podemos considerar absoluto. En manos de la familia están todos los resortes importantes: Jefatura del Estado y Ministerio de Asuntos Exteriores están en manos del rey. El príncipe heredero y presidente del Consejo de Ministros y vicepresidente, ministro del Interior y ministro adjunto, ministro de Defensa y ministro adjunto, jefe de la Guardia Nacional y subjefe y gobernadores y adjuntos de las más importantes ciudades del reino, Riad, Mecca-Yedda y Medina, son hermanos del rey.

Esto para una persona con visión democrática y más aún para un socialista es puro feudalismo. Sin embargo, hay que considerar el estado de evolución del país, sus creencias y el avance al desarrollo que le ha supuesto en comparación con otros afines a él de estructuras más progresistas y lo mismo en lo que se refiere a la paz y felicidad que sus habitantes gozan en relación con los de esos otros países.

Para Faisal, como dice Ahmed Assa en su libro *Moayisa fauka er ramel* («Milagro en las arenas del desierto») ¹⁴, «la evolución de esta sociedad debía hacerse desde el interior, es decir, según sus realidades, sus circunstancias particulares, sus posibilidades y sus valores espirituales y no por la adopción de valores y de experiencias tomadas prestadas a sociedades totalmente diferentes en su estructura, sus condiciones y sus valores».

Esto hay eminentes pensadores occidentales que también lo piensan, como el famoso orientalista inglés H. A. R. Gibb, que en su libro *Modern Trends in Islam*, lo dice explícitamente ¹⁵.

Siguiendo la doctrina de su padre y de todos sus antecesores que defen-

¹⁴ Ahmed ASSA: *Moayisa fauka-ramel*, Universidad de Leyes, Beirut, 1969. Versión francesa: *Miracle dans le sables*, Adrien Maissoneuve, París, 1969.

¹⁵ H. A. R. GIBB: *Modern Trends in Islam*. Versión francesa: *Tendances modernes de l'Islam*, G. P. Maissoneuve et Cie., París, 1949.

dieron las ideas puritanas de Abdel Uahab, cree que su país debe fundar su vida sobre el Corán y la enseñanza del profeta 'Mohammad'. Entonces el rey es el imam, el que vela porque esas reglas se cumplan por la comunidad islámica que le toca regir y es el primer responsable ante la comunidad de la seguridad de sus componentes, de su progreso, de su nivel de vida y si las fuentes citadas no proporcionan los textos precisos y apropiados a las exigencias de una sociedad moderna, un consejo de juriscultos está encargado de elaborar las nuevas reglamentaciones, sujetándose a la ortodoxia islámica. Esto entraña el restablecimiento del sistema consultivo islámico por el que los representantes del pueblo pueden participar en la edificación de un Estado acorde con las necesidades que impone la convivencia en el mundo actual. En su momento preciso desaparecerían por sí solas todas esas reminiscencias que más que feudales son tribales y que constituyen el estilo de vida que hasta hace relativos pocos años ha imperado en Arabia.

Por esa sumisión a la ley islámica se corta la cabeza con una espada al que mata con un cuchillo y se corta la mano derecha al ladrón, lo cual hace que sean raros los crímenes y los robos en Arabia Saudita. Allí no se da el caso de que un sádico viole a una niña y luego la asesine y se puede dejar la cartera con el dinero en un lugar público, con el periódico y otros objetos personales sin ningún temor a que desaparezca.

La monarquía de Faisal no es una monarquía absoluta. El, con arreglo a ley islámica, es el encargado de hacer que ésta se cumpla y todos los ciudadanos son absolutamente iguales, todos son siervos de Dios, que es a quien únicamente corresponde la majestad. En la práctica todos no tienen los mismos bienes ni el mismo poder ni la misma educación, pero él ha de procurar acercarse a este ideal. El ha proclamado en sus discursos que para gobernar con éxito es preciso realizar la justicia social y que el sistema político de Arabia Saudita asegura la igualdad de todos los ciudadanos, siendo el ejercicio del poder una responsabilidad, un honor y un deber confiado por el pueblo mismo. Para él, el ejercicio del poder no confiere ningún privilegio a los gobernantes. El ha repetido: «Nosotros no creemos ni en el socialismo ni en el comunismo. Únicamente creemos en la ley islámica y la ley islámica ordena la realización de la justicia social.»

Al servicio de este ideal una extensa legislación se ha llevado a cabo desde el reinado de su padre, que abarca desde la gratuidad de la ense-

fianza y la de los servicios médicos hasta una legislación que protege grandemente al trabajador frente a los empresarios y le da garantías contra el paro.

Al rey o a cualquier ministro puede verle quienquiera sin excesivo protocolo y sin tener que esperar mucho. Al rey quizá un poco más y una mayoría en días determinados para ello. A los demás, generalmente, el mismo día en que se solicita de su secretario. Cualquiera, incluso el más modesto, puede presentarse y exponer sus quejas o peticiones de cualquier clase. Yo, personalmente, he ido a ver a muchos personajes y, excepto con el rey, siempre me han recibido al cabo de un rato. Tampoco es raro que un beduino le llame al rey por su nombre de pila.

El rey, con frecuencia, se dirige directamente a sus súbditos en las ciudades más importantes del reino y a lo largo de viajes por el país que no es remiso en realizar a pesar de su salud. Como también ha hecho muchos viajes a los países hermanos para aunar puntos de vista árabes y para hacer sus llamamientos a la solidaridad islámica, verdadera idea fuerza de su política exterior. También a muchas naciones occidentales, particularmente a los Estados Unidos, para aconsejar moderación a sus dirigentes en el hasta ahora excesivo apoyo a Israel en detrimento de la causa justa de los palestinos. En fin que diría que lo que le va al rey Faisal es la comunicación directa con sus súbditos y con los jefes de Estado de otros países, donde expone sus puntos de vista y admite que se le interpele. Es una comunicación con su pueblo más viva, creo yo, que la que pueda tener hoy día cualquier otro jefe de Estado, y él entiende muy bien a su pueblo.

Para terminar quiero decir que son muchos los frentes en los que ha tenido que luchar el rey Faisal y su equipo de colaboradores para llevar a su país a la altura de los más civilizados, que es su meta, y darle prestigio en el mundo. Primero, como es natural, en el frente del mejoramiento y desarrollo de su país, a un ritmo acelerado y poniendo los medios que hagan falta:

«Arabia Saudita no puede seguir etapa tras etapa la evolución que la humanidad ha tenido durante largos siglos. Aprovechando los conocimientos acumulados por la ciencia, nosotros debemos aplicarlos en su fase más reciente siempre que sea posible. Esto quiere decir:

— que no esperaremos a sedentarizar a todos los nómadas para entrar en el estadio agrícola;

- que no esperaremos a suprimir el analfabetismo para tener universidades;
- que no esperaremos a finalizar la expansión agrícola para aplicar el método de los cultivos intensivos;
- que prepararemos simultáneamente a los enfermeros y a los médicos, a los obreros cualificados y a los ingenieros;
- que nos ocuparemos de la enseñanza superior al mismo tiempo que de la secundaria;
- que tendremos simultáneamente talleres y fábricas y que prepararemos al mismo tiempo a todos los técnicos que necesitamos;
- que utilizaremos directamente la televisión y los aviones a reacción y que fabricaremos hierro utilizando gas natural sin ninguna especie de transición técnica;
- que no esperaremos a haber explotado todos nuestros pozos artesianos para obtener la desalinización del agua del mar por medio de la energía atómica.

En otras palabras, marcharemos directamente y a paso rápido por la vía del progreso y adoptaremos los descubrimientos más recientes.»

Estas palabras, pronunciadas poco tiempo después de su advenimiento al trono, no cabe duda de que se están haciendo realidad.

El otro frente, el exterior, en el que su objetivo es hacer de Arabia Saudita una nación influyente y respetada no sólo en el conjunto de países árabes e islámicos sino en todo el mundo, también ha sido sabia y entusiásticamente tratado. Como en el anterior, sus enormes riquezas petrolíferas, las mayores del mundo por la cantidad de sus reservas y por su calidad, le han dado una gran fuerza, pero él ha sabido utilizarlas mostrando generosidad, moderación y haciendo gala de una acción sutil. Ha apoyado la Liga Árabe, ha asistido a todas las cumbres, dejando oír su voz prudente; ha ayudado con grandes sumas a los países hermanos que por razón de la guerra con Israel lo necesitaban, ha creado la Liga Musulmana y ha reforzado grandemente la Conferencia Islámica, creando una Secretaría de la misma permanente en Yedda. Poco a poco ha conseguido que Egipto se aproximara a su política prudente y después de la guerra con Israel de 1973, todo el mundo se ha dado cuenta de su gran fuerza, al poner a contribución de la causa árabe el petróleo. Cualquiera hubiera esperado el embargo a Norteamérica de los países socialistas, pero

del rey Faisal, su gran amigo, no. Sin embargo, lo ha hecho y ha sabido aconsejar a los Estados Unidos una flexión en su política de apoyo a ultranza a las tesis más intransigentes de Israel a la que Estados Unidos han respondido. Muchos podrán minimizar el éxito de los árabes, pero las inquietudes y la crisis que se produjo después de la cesación de las hostilidades en Israel, demuestran que las cosas habían cambiado. Con esto él ha demostrado no ser juguete de ningún imperialismo, como frecuentemente le han acusado en determinados medios árabes, lo mismo que su llamada a la solidaridad islámica. Precisamente en mi primera entrevista con él en su sencillo palacio de Riad, le suscitó esta cuestión y me dijo:

«El que crea que la llamada a la cooperación islámica es un pacto para reforzar la posición de las potencias imperialistas, la convierte en algo de inferior calidad. El llamamiento a la cooperación islámica no lo ha hecho Faisal. Fue Dios quien lo hizo descender al profeta Mohammed. El que yo he hecho sólo significa amistad, fraternidad, comprensión y discusión pacífica de los asuntos internos que afectan a los musulmanes sin que esté dirigido contra nadie. En realidad ese llamamiento es un peligro para las potencias imperialistas porque el imperialismo ataca a la religión verdadera, ya que si el apoyo de ésta el pueblo siempre se muestra dispuesto a aceptar las ideas que le suministren del extranjero, las cuales sólo favorecen los intereses de éste.»

Es decir que, sintetizando la idea del rey Faisal respecto a la política de su país es algo parecido a lo que sigue: No desea para aquél una democracia liberal copiada de la de Occidente ni mucho menos el comunismo. Lo que desea y labora por ello es su modernización y que ésta se lleve a cabo no en una época lejana posterior a él sino en su propia vida. Desea también que su país sea considerado y respetado en todo el mundo y en primer lugar entre sus hermanos árabes, pero esto no a cualquier precio. La fe en el mensaje a Dios a través de su profeta Mohammed no debe ser sacrificada a la consecución de esos objetivos sino que debe presidir todos los actos de la vida de sus conciudadanos y fortalecerla en todo el mundo islámico. Una tarea dura y difícil en los tiempos que corremos y que exige que los distintos credos religiosos aproximen sus puntos de vista y se presten ayuda.

España está cada vez más obligada a estrechar sus relaciones con los países árabes por imperativos de la geopolítica y de la marcha de los aconteci-

mientos históricos, no sólo por la adquisición de recursos energéticos. En este conjunto el papel del país que contiene los lugares santos del Islam, al que anualmente van cientos de miles de peregrinos y del que tiene mayores reservas petrolíferas, es muy importante. La estima de ellos hacia nosotros es grande porque somos algo de su historia. Una historia teñida del romanticismo de la lejanía de un tiempo dorado. Las relaciones y el conocimiento mutuo de nuestros países actuales es más bien escaso. Necesitamos de gente con vocación hacia ese mundo dispuesta a estudiar la lengua y la vida árabe para que las relaciones sean una cosa viva. El Estado debe fomentarlo y debe hacerlo rápidamente.

FERNANDO FRADE